

# Repensar el estado de bienestar, las políticas sociales y su incidencia en la educación social

*Luis Fernando Valero, Ignaci Brunet Icart*

*Universidad Rovira i Virgili, Tarragona*

## 1. El mundo que tenemos.

Vivimos tiempos en el que los cambios sociales caracterizan nuestra época. Ya nadie duda que la mundialización de la economía proyecta una globalización de intereses y valores que conducen hacia una sociedad distinta, ya no sólo diferente, conceptos y vivencias como: solidaridad, justicia social, identidad cultural o competencia en el saber profesional necesitan una nueva adaptación, un nuevo marco existencial a fin de que no se diluyan, pierdan vigor y sean sólo palabras que se dicen porque están insertas en el acervo cultural pero son retórica. Hay que aceptar que hoy se tiene un mundo en el que el conocimiento, el saber, adquiere día a día un papel predominante y requiere respuestas, soluciones políticas concretas y nítidas. En este sentido McLuhan, Mattelart, Virilo, Vattimo han sido claros en hablar, explicar y categorizar sobre una nueva jerarquía del saber derivada del hecho informático y comunicacional. Es en este nuevo marco de cosas por el que la educación adquiere un protagonismo nuevo, esencial. El problema está, como señala Termes (1996), ¿más o menos Estado en la educación? y si el Estado debe solamente proveer y regular, como señala él o debe dirigir, canalizar, orientar, favorecer, compensar, fomentar... como deseamos otros.

En los últimos veinte años la izquierda democrática había sido incapaz de responder al neoliberalismo triunfante, que afirmaba que la máxima socialista «programas sociales desde la cuna hasta la tumba» había creado dependencia económica y psicológica en los usuarios que los limitaban en su desarrollo social y, por otra parte, esos programas sociales hacían que las economías fueran no competitivas por los inmensos déficits que generaban.

Caído el muro de Berlín, demostrado el totalitarismo y la ineficacia del socialismo real y apuntillada la utopía comunista de los primeros tiempos, la izquierda democrática comprendió que la única manera de responder a la impresionante revolución conservadora (Reagan y Thatcher) era desde una renovación de la izquierda enrocándose hacia el centro.

El desencadenante de la crisis del Estado de Bienestar y la victoria ideológica y política del neoconservadurismo está en el hecho de que “desde el momento en que el desempleo mismo no provocaba inestabilidad social significativa, perdía importancia política. Detrás del pacto del Estado de Bienestar de postguerra estaba la idea de que el pleno empleo y el bienestar social eran la contrapartida obtenida del capital por parte

del trabajo a cambio de la paz social. No sólo se ha acabado el pleno empleo, sino que el periodo de postcrisis ha supuesto también el fin de la creencia de que el desempleo masivo es políticamente peligroso para el capitalismo. En este sentido, una precondition política importante del Estado de Bienestar -el pleno empleo- como forma de legitimación deja de ser válida. Los ochenta son política e ideológicamente distintos” (Mishra, 1989: 73). ¿El Estado de Bienestar ha agotado sus energías utópicas (Habermas, 1988)? o ¿Crisis fiscal del Estado ante el conflicto permanente de unas funciones contadictorias; por un lado, favorecer la acumulación de capital y, por otro, legitimarse mediante el gasto social en apoyo de la fuerza de trabajo (O’Connor, 1981)? o ¿crisis de la cultura del bienestar, esto es, el conjunto de significados y normas de comportamiento recogidas en el Estado de Bienestar (Therbon, 1989)?

Destaquemos, finalmente, el planteamiento de Therbon (1989) que, como alternativa al concepto de Estado de Bienestar, que considera poco preciso desde un punto de vista histórico (“las instituciones modernas tienen sus orígenes, y se conformaron de forma importante, antes de que se adoptaran las teorías keynesianas y las políticas macroeconómicas de control de demanda” p. 84) y desde un punto de vista teórico (recoge de forma conjunta la política social del Estado de Bienestar, la dirección macroeconómica keynesiana y el compromiso del pleno empleo, tres cosas que, tanto desde un punto de vista lógico como en la práctica, están separadas” p. 85), propone clasificar a los estados en función de dos dimensiones: sus prestaciones sociales y su orientación en lo

referente al mercado de trabajo y el pleno empleo. La coexistencia en la década de expansión anterior a 1974 de aumentos en las prestaciones sociales, más o menos pleno empleo y la adopción de ideas keynesianas de política económica fue una coincidencia coyuntural. Detrás de ello se esconden profundas diferencias entre los países en su concepción de la relación entre la política social pública y la economía de mercado y en sus instituciones. Con el estallido de la crisis económica estas diferencias se convirtieron en algo fundamental.

Anthony Giddens señala que el estado de Bienestar se ha construido varias veces: La primera vez fue con la creación del Estado de Bienestar keynesiano; la segunda vez fue con el thatcherismo y toda la política neoliberal; hoy, con Tony Blair, puede ser la tercera, Esta tercera se mantendría la justicia social, la solidaridad, la igualdad de oportunidades y la libertad para todos, pero en un mundo de economía global tomando la eficacia de la economía de mercado.

Queramos o no, en la época de las autopistas de la comunicación y de la globalización económica nos vemos obligados a ser ciudadanos del mundo. Disfrutamos de iguales diversiones, participamos en idénticas formas de vida y sufrimos los mismos acontecimientos. Cuando se hunden las bolsas asiáticas, las olas llegan hasta Europa y América, y lo mismo ocurre cuando las cosas suceden en Europa: las marejadas llegan hasta América y Asia. Con el término “globalización” definimos un conjunto de situaciones en donde la riqueza es producida y distribuida a nivel mundial a través de un sistema de redes de producción, tecnologías y comerciales interconectadas.

Con Titmuss, Beveridge, Marshall, la London School of Economics, pensaron y repensaron el Estado de bienestar. Posteriormente Friedrich Hayek y Karl Popper construyeron el neoliberalismo thatcheriano y ahora la tercera vía de la izquierda del centro -con Ralf Dahrendorf, Anthony Giddens y John Gray, Tony Blair,- plantea los cambios fundamentales que se producen en el mundo actual, cambios que implican que la división entre izquierda y derecha ya no refleja la realidad.

## 2. Los estados del bienestar

Podemos distinguir cuatro tipos generales de estados socio-económicos.

**Estados de Bienestar Intervencionistas Fuertes**, que combinan una política social generalizada con un compromiso institucional con el pleno empleo. Suecia, Noruega, Austria, también podemos incluir a Finlandia, estarían entre estos países, con un gasto medio en política social (un poco por encima de la media de la OCDE) y con una política de empleo muy activa, aunque no siempre eficaz.

**Estados de Bienestar Compensatorios Blandos**, que tienen prestaciones sociales generosas pero fundamentalmente dirigidas a compensar la existencia de desempleo, con poca influencia en el mercado de trabajo. Los ejemplos típicos son Bélgica, Dinamarca y Holanda. Francia, Italia, Alemania e Irlanda también pertenecen a esta categoría, aunque con un menor nivel de generosidad en sus prestaciones.

**Estados orientados al pleno empleo con escasa política de bienestar**, con pocas prestaciones sociales, pero

con un compromiso institucional para mantener el pleno empleo: Japón y Suiza. Ya hemos visto lo que ha ocurrido en Japón, con lo cual se demuestra la tremenda fragilidad de los modelos y de sus cualidades.

**Estados orientados al mercado con escasa política de bienestar**, con provisión limitada de servicios sociales y poca intervención pública en lo referente al empleo: Australia, Canadá, Nueva Zelanda, EE.UU.

Esta clasificación nos indica que la crisis actual no es tanto la crisis del sistema capitalista cuanto la quiebra del modelo de intervencionismo estatal keynesiano y su sustitución por un Estado cuyos dos modos de intervención se pueden sintetizar en activo intervencionismo industrial y falta de compromiso social. "Proceso que contribuye, sin duda, a politizar más aún la economía, al tiempo que el Estado tiende a privatizarse o, mejor aún, corporatizarse, bajo una mayor estratificación de la sociedad. De este modo, la difuminación de las fronteras entre lo público y lo privado contribuye a la creación de una sociedad bastarda y dual bajo un núcleo integrado de corporaciones privadas que tienden a articularse con las corporaciones públicas del Estado fuerte en un entramado difuso de poder que se superpone a la mítica sociedad civil" (Rodríguez Cabrero, 1985: 94).

Esto como se comprende tiene una incidencias especial en los servicios sociales, los gobiernos políticos, autonomías, ayuntamientos, diputaciones tienden cada vez más a privatizar los servicios sociales para ahorrar costes y a la vez evitarse culpas y desajustes de mal funcionamiento a la vez que se defiende

el discurso de la eficiencia porque en el fondo lo público es costoso y funciona mal. Ver (Termes, 1996).

Ello conlleva a nuevo tipo de intervencionismo o desintervencionismo estatal en los modos de estructuración social, debido a los profundos cambios tecnológicos, económicos, demográficos y sociales y se está definiendo sobre cuatro ejes: 1) un eje económico: la precarización de la fuerza de trabajo y fin del pleno empleo; 2) un eje social: la conformación de una sociedad dual; 3) un eje ideológico: el darwinismo social, y 4) un eje político: la preeminencia de una sociedad corporativa interrelacionada en un Estado fuerte.

La esencia del Estado de Bienestar, esto es, la combinación de medidas de fomento de la demanda efectiva (a través de un aumento del gasto público y/o una reducción de impuestos) y asegurando para todos niveles de renta mínimos, se ha roto porque el Estado de Bienestar ha resultado ser un instrumento político en manos del capitalismo (enfoque instrumentalista) para el cual la función por excelencia del Estado es asegurar la disponibilidad de capital: "la necesidad de mantener la presencia continuada de los tres elementos -disciplina de trabajo, inseguridad del empleo y una provisión permanente de fuerza de trabajo proletaria al menor coste posible- implica la intervención del Estado, que es inherente al proceso de acumulación capitalista al tiempo que le es fundamentalmente exterior" (Brunhoff, 1978: 11).

El Estado de Bienestar se aplicó después de la Segunda Guerra Mundial ya que se observó que el mercado no era un mecanismo de asignación eficiente. Y

"ante la incapacidad del mercado de garantizar un crecimiento económico equilibrado, se hizo necesaria la participación del Estado con el fin de controlar el desorden económico del capitalismo liberal. Nació así la función reguladora del Estado, definida como el conjunto de sus actuaciones orientadas a la reproducción equilibrada del sistema económico (...) En conclusión, la regulación de la economía por parte del Estado y la PBS (Política de Bienestar Social) supusieron una profunda rotura del antiguo dualismo liberal Estado-Sociedad civil" (González y Torres, 1992: 36-38).

La crisis del 73 propició críticas al Estado de Bienestar, EB, dado que el modelo que se había aplicado (Síntesis Neoclásica) ya no era eficaz de hacer frente a las fuertes caídas de la demanda efectiva. Delante de la situación que había llegado el Estado de Bienestar, emergerán diferentes enfoques alternativos (liberal-democráticos, marxistas, socialdemócratas) que pueden considerarse en gran parte en términos de conflictos de clases (Mishra, 1993): "Los riesgos de retroceso del EB no dependen de los gastos, sino del carácter de clase del EB. Los EB de las clases medias, bien sean socialdemócratas (como en Escandinavia) o corporativistas (como en Alemania) forjan lealtades de clase media. Por el contrario, los EB residuales, liberales, que se encuentran en Estados Unidos, Canadá y, cada vez más, en Gran Bretaña, dependen de las lealtades de un estrato social numéricamente débil y con frecuencia políticamente residual. En este sentido, las coaliciones de clase en que se basaban los tres tipos de régimen de EB (liberal, corporativista y socialdemócrata)

explican no sólo su evolución pasada, sino también sus perspectivas futuras” (Esping-Andersen, 1993: 35).

Enfoques (liberal-democráticos, marxistas y socialdemócratas) que proponían un modelo alternativo: los primeros propugnaban una vuelta al mercado como mecanismo de asignación, reservando el Estado para funciones estrictamente sociales; los segundos proponían un dominio absoluto del Estado en cuanto a aspectos económicos y sociales, y el tercero propone que no es necesario destruir el capitalismo, solamente dar al Estado el suficiente protagonismo como para que los las medidas que adopte llevar la sociedad hacia el socialismo. “La crisis del Estado de Bienestar, afirma Muñoz de Bustillo (1989), no se puede desvincular de esta situación de crisis económica general y de crisis de la Teoría Económica. No se puede desvincular de la primera puesto que es esta situación de desempleo masivo, inflación y ralentización del crecimiento la que prepara el campo para la crítica de la intervención pública. De la segunda, porque es la incapacidad de la Síntesis Neoclásica para explicar los fenómenos de la crisis la que permite la aparición de teorías alternativas que sustentarán de forma «científica» los ataques a la intervención pública y, a través de ello -o directamente- a los gastos en política social (...) Las críticas al Estado keynesiano de Bienestar siguen tres líneas distintas. La primera línea que se centra en el objetivo keynesiano niega, mediante distintos argumentos teóricos, la utilidad de la intervención del sector público en la consecución de niveles satisfactorios de empleo, e incluiría a las

escuelas monetarista, de expectativas racionales y de la economía de la oferta. La segunda y tercera línea se centran en las funciones de bienestar asumidas por el sector público, por un lado se critica el fracaso de las políticas de ingeniería social en la eliminación de la pobreza, esto es, se pone en cuestión la «eficiencia productiva» del sector público en la provisión de servicios sociales. Por otra parte se señala (...) (que) el gasto público, resultado de la puesta en marcha de las funciones keynesianas y de bienestar, interferiría con el proceso de acumulación privado y distorsionaría el funcionamiento del mercado, al desaparecer toda una serie de incentivos considerados centrales al sistema” (p. 32-34).

Anisi (1990) es partidario del social-corporativismo, en el sentido de considerar que la sociedad ha de participar en los aspectos económicos ya que no se pueden desvincular los unos de los otros. A grandes rasgos, las características de esta línea se definen como que “el resultado es que el Estado de Bienestar social corporativista no se ve reducido al hacer frente a las implicaciones económicas de las políticas sociales. Sino que incorpora objetivos de política social en las medidas de política económica (...) las empresas tienen que aceptar el pleno empleo como objetivo social mientras que los trabajadores tienen que aceptar la necesidad de la mayor productividad y moderación salarial como prerequisites del crecimiento económico y el bienestar social. De ahí que la característica institucional más distintiva de este tipo de sistema haya sido su mecanismo centralizado de negociación salarial” (Mishra, 1989: 60).

### **3. Nuevos compromisos**

Son necesarios nuevos compromisos políticos y nuevas formas de consenso sobre muchos problemas que no tienen claras las soluciones ni en la izquierda ni en la derecha clásicas. En 1978, Felipe González hizo ver a los socialistas españoles que el socialismo era ante que el marxismo y en la actualidad preside en comité para la renovación ideológica de la Internacional Socialista. Por otra parte Michel Rocard, otro gran ideólogo del socialismo, en este caso del francés, señala que la izquierda es anterior al socialismo y por ello debe sobrevivirle. El triunfo de Jospin en Francia es una muestra de que su aserto no es falso.

La izquierda del centro continúa inspirándose en los valores de la izquierda pero acepta que el socialismo ha muerto como teoría de la gestión económica y como interpretación de la historia. La diferencia entre izquierda y derecha consiste en que los que se consideran de izquierdas dan más valor a la defensa de la igualdad y de la democracia que los de derecha y todavía creen que el Estado puede intervenir en el fomento de éstas. Manuel Castells, autor de "La era de la información" contesta a la pregunta "Ser de izquierda ¿qué sentido tiene hoy para usted? "Estar a favor de la libertad y de la igualdad, como ha sido siempre. Y pensar que ninguno de nosotros es una isla en medio de un océano sangrante infectado de tiburones, sino el eslabón hallado de una cadena de amor. En este sentido fui y soy de izquierdas, a pesar de los partidos de izquierdas" (El País, 19-VII-98, Domingo pag 7).

Hay un fenómeno, hasta el momento apenas comprendido, y que es esencial

en la nueva época que se vive: la globalización. Deberíamos entender la globalización no como un fenómeno de intensificación de la competición económica mundial, sino más bien como un cambio, real y objetivo, de la forma en que vivimos. La economía de alto riesgo, que refleja condiciones globalizadas, es una economía en que la creación de riqueza, la seguridad y la calidad de vida quedan desacopladas y ello debe corregirse.

Este fenómeno conlleva un irremediable enfrentamiento entre mundialización económica y Estado. E incluso se llega a negar la propia razón de la existencia de este último. Hay multinacionales que están dispuestas a denunciar a los Estados que impidan su crecimiento. En el enfrentamiento entre economía y política, nada tiene de particular que la batalla se decida en favor de los omnipresentes poderes del mundo económico ante los que un Estado, cada día más delgado de competencias, nada o muy poco puede hacer. Recuérdese el enfrentamiento del gobierno de EE.UU con Bill Gates, o de George Soros con el gobierno del Reino Unido.

La economía informacional es global (Castells, 1996:119). Una economía mundial es una economía de acumulación de capital, una economía globalizada es otra cosa, es una economía con la capacidad de funcionar como una unidad de tiempo real a escala planetaria y ello modifica todos los parámetros que hasta ahora se tienen. Evidentemente la educación y la acción social deben tener en cuenta estas situaciones para poder decidir que hacer. Cuando Blair señaló que su programa de gobierno consistiría básicamente en: educación, educación, educación, cabe pensar que algo estaba

cambiando en el sistema político. No es casualidad que Clinton decida gastar mas de 1000 millones de dólares en una primera fase para introducir en las escuelas norteamericanas el acceso a las autopistas de la información.

Hay quien afirma que el gran debate en política económica no gira en torno a la macroeconomía, sino que todos formamos parte de un sistema global en los que los mercados están sometidos a un duro juicio sobre riesgos económicos, y por ello es necesario, que los gobiernos que sean activos en educación y formación, en abrir accesos al capital y a los mercados del trabajo, en la promoción de la competencia, en los mercados de productos y en la coordinación de la inversión en infraestructura de primera clase. Es tarea del gobierno, pues, fomentar la capacitación y la oportunidad, equipar a la gente con las herramientas necesarias para la prosperidad, rompiendo las barreras que la frenan. Es importante tener en cuenta que en este momento hay dos maneras de modernizar y en cierta medida ambas están enfrentadas, según Giddens. Una manera es aquella que lleva a la sociedad, en línea recta hacia una riqueza creciente, y en la que la prosperidad, la seguridad y la mejora de la calidad de vida tienen a ir al unísono. La segunda forma es cuando la modernización significa adaptarse a algunas de sus propias limitaciones, tensiones y dificultades. Por el ejemplo la generación de desempleo.

La solución a esta tensión no es aplicar a los problemas de la segunda las soluciones de la primera. Un ejemplo la crisis de las economías asiáticas. Es cierto que hasta el momento no se tiene una respuesta clara y no parece que la vía de

economías de alto riesgo sea la solución por las incertidumbres y tensiones que crean en la sociedad. Dado que el Estado del Bienestar es en gran parte un sistema de gestión estatal para la administración de riesgos, es necesario mantenerlo pero reestructurando los desajustes creados por el Estado de bienestar. Modos, varios: tener en cuenta la renta o el ingreso medio, fijar la presión fiscal en función de la renta media de los últimos cinco años, se hace justicia y no se eliminan incentivos.

La reformas del mercado laboral tienden a crear una subclase y por ello la izquierda no debe entrar en el juego de las formulas neoliberales, reclamar una semana de 35 horas en vez de una de 40 horas no es la solución. El aumento de productividad debe garantizar los puestos de trabajo y que el estado de bienestar aumente los servicios sociales y cree nuevos puestos de trabajo allí donde la economía los demanda que es en el sector servicios: educación, salud, guarderías para los niños y niñas cuando los dos padres trabajan, residencias para ancianos, programas culturales y de ocio para tanto jubilado anticipado que sufren deflaciones psicológicas y personales. Ahí es donde se nota la mentalidad de izquierdas en que es el Estado quien debe promover esta generación y no dejarlo todo a que sea la empresa privada la que cree o se apropie de estos servicios pues la ganancia encarece el servicio e impide la universalización de los mismos

En política social se tiene como reto ofrecer seguridad en un mundo en cambio que ayude a atajar la exclusión social y a romper el binomio perverso de educación pobre, vivienda pobre, criminalidad elevada, ruptura de la familia y

mala salud que sufren muchas ciudades de occidente. No nos debe paralizar más tiempo la oposición entre lo individual y lo colectivo. La globalización es una realidad; la paz y la seguridad sólo pueden ser garantizadas colectivamente. El mundo va hacia bloques comerciales más amplios, pero ello no debe ser óbice para que la persona no siga siendo el centro de la sociedad.

La tercera vía, la izquierda del centro, tiene una oportunidad única: la innovación política manteniendo los valores históricos de la izquierda, poniéndolos en práctica de una forma nueva, combinando las dinámicas economías de mercado con la cohesión social y la solidaridad.

#### **4. Un nuevo enfoque.**

Por todo ello las nuevas profesiones socioeducativas deben dar respuesta estas nuevas necesidades de la sociedad proyectando y creando una multiplicidad de acciones, proyectos e intervenciones. Ver a este respecto (Riera Romani 1998).

Tal como señala Xavier Ucar, en Riera (1998) "La complejidad de la realidad social demanda nexos relacionantes antes que fragmentaciones y compartamentalizaciones estancos".

Ante la sociedad que hemos descrito, el mundo que tenemos, la pedagogía social, la educación social deben analizar en profundidad la necesidad de un nuevo marco de acciones, intervenciones y proyectos capaces de hacer frente al reto de esta nueva era, en donde la sociedad está en red e interconectada y en donde las sociedades son modeladas más por la naturaleza de los medios de

comunicación que utiliza que por el contenido de lo que se comunica. Ello conlleva a captar que lo social se verá cada vez más mediatizado por la tecnología y la realidad virtual puede ser en muchas ocasiones y casos un sosias de la realidad real e interferir, confundir o sustituirla.

Esta realidad tan evidente de nuestra sociedad no puede ser ignorada por las ciencias sociales y las profesiones que de ella se derivan y mucho menos las ciencias socioeducativas como la pedagogía social y la educación social.

La democratización del saber, un bien intangible, es proporcional a las nuevas posibilidades que ofrece al ser humano un ordenador conectado a la red. Es preciso que la educación dé un giro copernicano para poder usar la información creativamente y con libertad. Bateson señaló: "la información es una diferencia que crea diferencia", nosotros señalamos, la educación también.

Edgar Morin señaló: "Entramos en una época en que las certidumbres se desfondan. El mundo está en una fase particularmente incierta porque las grandes bifurcaciones históricas no se han tomado aún. No se sabe hacia dónde se va." (Citado por Ramonet, 1997,).

Concretamente Europa se ve abocada a crisis y construcciones que no se sabe cual será el final del proceso, Jean Monnet, uno de los creadores de la Unión Europea señaló al final de su vida que si estuviera a tiempo y pudiera volver a empezar comenzaría por la educación y la cultura.

Ante el educativo global que vivimos no podemos mantenernos al margen y pensar que con hacer lo que hacemos, lo de siempre, ya es bastante. Las crisis

de la cultura antropológica, de la cultura humanista, de la cultura científica, la irrupción de la cultura de masas y el lenguaje publicitario uniformador de categorías los científicos sociales deben hacer algo más que detectar y constatar.

Este es en nuestro criterio algunos de los retos a los que estamos abocados y es necesario que ofrezcamos acciones, proyectos e intervenciones que ayuden a repensar los caminos y las alternativas que tenemos por delante.

## Bibliografía

- BLAIR, Tony. (1998): "La izquierda del centro" Tomado por Internet. <http://www.elpais.es/>
- BRUNET ICART, Ignasi y VALERO IGLESIAS, Luis F. (1997): "Del estado de Derechos sociales al estado asistencial: Sociedad y educación en las sociedades avanzadas". Ed. Librería Universitaria. Barcelona.
- BRUNET ICART, I. y VALERO IGLESIAS, L. (1998): Epistemología y práctica de la investigación científico-social. (En prensa.)
- CASTELLS, M. (1996): La era de la información. Economía sociedad y cultura. Tres Tomos. Alianza. Madrid.
- DAHRENFORT, Ralf (1997): "Blair, el Nuevo Laborismo y la vieja Europa. Revista Debats. n.61. Pag. 4 a 6. Generalitat Valenciana. Valencia
- ESPING-ANDERSEN, G. (1993): Los tres mundos del Estado del bienestar. Ed. Alfons el Magnánim. Valencia.
- Giddens, Anthony. (1997): "¿Qué es el centro izquierda". Revista Debats. n.61. Pag. 7 a 10. Generalitat Valenciana. Valencia.
- GONZÁLEZ, A. y TORRES, E. (1992): El Estado de Bienestar en los países de la OCDE. Madrid. MTSS.
- GRAY, John (1997): Después de la socialdemocracia y más allá del capitalismo anglosajón. Revista Debats. n.61. Pag. 11 a 17. Generalitat Valenciana. Valencia.
- HABERMAS, J. (1988): "La crisis del Estado de Bienestar y el agotamiento de las energías utópicas", en "Ensayos políticos". Barcelona. Península.
- JACKSON, Gabriel (1998): Propuestas para la izquierda democrática. Tomado por Internet. <http://www.elpais.es/>.
- MISHRA, R. (1989): "El Estado de Bienestar después de la crisis: los años ochenta y más allá" en Muñoz del Bustillo, R. (ed.) (1989): "Crisis y futuro del Estado de Bienestar". Madrid. A.E.
- MUÑOZ DE BUSTILLO, R. (1989): "Economía de Mercado y Estado de Bienestar", en Muñoz del Bustillo, R. (ed.) (1989): "Crisis y futuro del Estado de Bienestar". Madrid. A.E.
- O'CONNOR J. (1981): La crisis del Estado fiscal. Barcelona. Península.
- RAMONET, I (1997). Un mundo sin rumpo. Ed. Debate. Madrid.
- RIERA ROMANÍ, J. (1998): Concepto, formación y profesionalización de: el educador social, el trabajador social y el pedagogo social. Nau LLibres. Valencia.
- TERMES, R. (1996). Libro blanco sobre el papel del estado en la Economía española. IESE. Madrid.
- THERBON, G. (1989): "Los retos del Estado de Bienestar", en Muñoz del Bustillo, R. (ed.) (1989): Crisis y futuro del Estado de Bienestar. Madrid. A.E.